

EL RESCATE DEL DISCURSO ORAL

PEDRO LUIS BARCIA
ACADEMIA ARGENTINA DE LETRAS
UNLP – CONICET

Resumen

Desde la antigüedad hasta mediados del siglo XX, todos los ámbitos educativos – escuela, universidad- dieron un espacio de atención preferente a la enseñanza y práctica del discurso oral. Por diversas razones, se lo fue excluyendo de los niveles educativos hasta nuestros días en que casi es inexistente. Una de las razones de más peso fue la hegemonía del discurso escrito. La oralidad ocupa más del 95% de la actividad expresiva cotidiana del hombre en la vida democrática y es la base para el ejercicio activo de su derecho de expresión, y defensa del resto de sus derechos. De allí la necesidad de rescatar la oralidad como materia de enseñanza en todos los niveles.

Abstract

From antiquity to mid-XIXth century every educational level -school, university- used to favour the teaching and practice of orality. However, owing to different reasons, orality was gradually excluded from educational contexts, to be nowadays practically non-existent. One of the main reasons for this has been the hegemony of written discourse. Nevertheless, orality occupies more than a 95% of the everyday expressive activities of people living in a democratic society. Moreover, it is the basis for an active practice of their freedom of expression, and a protection for the whole of their rights. Hence the urgency of rescuing orality and teaching it as a subject in every educational level.

Una de las formas universitarias más sutiles y lamentables del analfabetismo es la del lector de solo obras contemporáneas. Esta actitud es inadmisibile, pero cada vez más frecuente, en nuestras facultades, y en tantas del mundo, según lo venimos comprobando. Cada día, ese hombre, esa mujer corren el riesgo, y se

accidentan en él, de «descubrir el Mediterráneo». Rodrigo de Triana, desde su alto mirador de la carabela, gritó inicial y fundacionalmente: «¡Tierra!», y fue un descubridor, y el primero en avizorar un continente nuevo. Pero solo los ignorantes de lo mucho que otros han hecho antes de nosotros, pueden seguir «rodrigotrianiando» –permítaseme el neologismo- en sus publicaciones, desconocedores de la vasta deuda vitalicia que tenemos con la tradición. Sin llegar al abusivo apotegma de Eugenio D'Ors: «Lo que no es tradición, es plagio», está probado que la herencia que nos han legado los siglos, y, en Occidente, desde el caudal grecorromano, conforma, nos sostiene, resurge, reanima en toda nuestra expresión actual.

Los paradigmas básicos de Occidente, en su acepción de formas fundamentales del espíritu, han sido generados por griegos y romanos y subsistido por veinticinco siglos. El legado de la Antigüedad sostiene aun nuestra realidad: la reflexión filosófica, la democracia como sistema político, el discurso historiográfico, el pensamiento ético, los géneros literarios, las formas suasorias de la retórica, y un largo etcétera.

Debemos tener conciencia de la sólida continuidad en el tiempo largo de dos milenios y medio, de una verdadera constelación cultural que nos ha sido otorgada como legado, constituida por un plexo de mitos, temas, motivos, corrientes estéticas que sigue fresco y se ofrece generoso para que sigamos abrevándonos en él. La palabra clásica a la que se dedica este Cuarto Coloquio Internacional ordena lo plural y aún caótico de los días y trabajos de los hombres, trasmuta la anécdota en categoría y lo circunstancial en modelo, esencializa la vida rescatándola de las intermitencias temporales y dándole una fijación perdurable, libre de las mutaciones: hace del caso individual una propuesta de arquetipo, y expresa y comunica los sueños y obsesiones, los ideales y las utopías, las pasiones y los complejos; alza figuras que cifran en sí y para siempre las diversas índoles de lo humano. Esa palabra se promueve a formulación matriz originaria, fecunda en su generosa motivación para todos los tiempos.

Bien dice Chesterton: «Viejo es el diario de ayer; Homero es de siempre». Los hombres siguen leyéndose en los textos antiguos.

Borges, para dar un ejemplo simple, expresa una de sus angustias más íntimas a través de un mito, aludido pero no mentado, el de Tántalo, porque en el momento de escritura de este poema, el destinatario entendía la alusión, que hoy

se constituiría en un enigma para un bachiller nuestro. Escribe las sabidas estrofas del «Poema de los dones».

Nadie rebaje a lágrima o reproche
esta declaración de la maestría
de Dios, que con magnífica ironía,
me dio a la vez, los libros y la noche.

De hambre y de sed (narra una historia griega),
muere un rey entre fuentes y jardines;
yo fatigo sin rumbo los confines
de esta alta y honda biblioteca ciega.

El imprevisible Quevedo vio en la situación del griego una imagen de la condición humana, e inventó el acertado verbo «tantalizar»: lo personal y lo universal del hombre espejados en el mismo mito.

El consejo de Henri Bergson sigue operando con lucidez. En esto de la cultura, el hombre debe actuar como el saltador en largo: cuanto más retrocede, más impulso toma y llega más lejos.

Pocos libros tan pequeños han ejercido tan vasta influencia beneficiosa para el legado de Occidente como el opúsculo *Como leer los autores paganos*, que san Basilio el Grande destinó a los jóvenes de su tiempo. La obrita preservó, mediante el agudo método lector de la alegoresis inventado por Crates de Malos, del arrasamiento a ricos repositorios de textos antiguos y los salvó para las generaciones venideras, para nosotros. Él pensaba en el derecho de la juventud de sus días a heredar el legado que merecían. Basilio resguardó mediante ese sistema de lectura traspuesta a lo divino o teológico los textos paganos, de la furia irracional y execrable de ciertos conversos piromaníacos: los avatares de Odiseo eran los del alma por entre los enemigos del mundo en procura de la celestial Ítaca.

Maquiavelo recuerda en la carta más interesante de las que destinó a Vettori, en diciembre de 1515, le comenta cómo se aprestaba a la lectura de los textos antiguos vistiendo sus mejores galas para el coloquio lectural y no desmerecer en esa plática.

«Llegada la noche, regreso a casa y entro en mi escritorio; y en la puerta dejo mis ropas cotidianas, llenas de fango y lodo, y me pongo otras reales y curiales. Y revestido decentemente entro en las antiguas cortes de los antiguos hombres, donde, recibido por ellos amorosamente, me sacio de aquel manjar que solo es mío y para el que yo nací; donde no, me avergüenza hablar con ellos y preguntarle la razón de sus acciones; y estos, por su humanidad, me responden; y durante cuatro horas no siento enojo alguno; olvido todo afán: no temo la pobreza, no me atemoriza la muerte. Tal es mi compenetración con ellos».

Pocos textos exponen con tanta natural precisión el diálogo lector con los clásicos.

El volar los puentes con el pasado cultural es una modalidad de suicidio soberbio que se vuelve, ridiculizándolo, contra quien lo asume. Lo vemos a diario en páginas críticas. Por dar un par de ejemplos, se demoran en señalar el teatro dentro del teatro, en *La ratonera*, incluida en *Hamlet*, o los juegos de una obra en el seno de otra, como *El juego de las partes* en *Seis personajes en busca de autor*, de Pirandello. Claro está que no han cursado el *Filoctetes*, de Sófocles, donde ya, *in nuce*, está propuesto este juego del teatro dentro del teatro, con Odiseo travestido en Dios, y representando a una deidad frente al arquero sufriente, que pasa de personaje a espectador, en un segundo nivel ficcional. O, los planos de la ficción, con el bordado de la hacendosa Helena, -hagámosle justicia en el plano de las labores hogareñas-, en el canto tercero de *Ilíada*, que repite escenas en la urdimbre de su cañamazo de los combates en la muralla. O la acertada imaginación plástica de Eurípides, en *Hipólito*, al hacer visualizar al espectador la *psychomachia* de Hipólito desplazándose entre las dos estatuas de las diosas – Afrodita y Artemisa- según las pulsiones interiores pugnantés en el ánimo del muchacho y reveladas en su discurso, pero acompañadas por los alejamientos y aproximaciones del joven dubitativo, a las imágenes objetivadoras.

Nada digamos de la cantera de los mitos, inagotable y apropiada para cifrar las situaciones existenciales y esenciales del hombre en todas las épocas: Sísifo, Pandora, Prometeo... La cabeza cercenada de Orfeo cantando por el río del tiempo nos exime de todo discurso. Una imagen poética, verbal, vale por mil explayaciones. Una imagen poética, expuesta en escasas palabras, vale por mil imágenes publicitarias.

Pero aludir a estas cuestiones frente a ustedes es como llevar lechuzas a Atenas.

En medio de las circunstancias que vivimos, el sentido de estas reuniones me hace acordar a aquel pasaje de *Fahrenheit 451*, de Ray Bradbury, en que un puñado de hombres y mujeres, reunidos en torno al fogón congregante, por las noches, al margen de la sociedad que ha condenado los libros al fuego, en medio de la nada, recita el texto que cada uno porta en su memoria, para reafirmar su valía y salvarlo del olvido, hasta que vengan tiempos mejores: uno lleva en su magín los seis primeros cantos de *Ilíada*, el otro, la *Antígona* sofoclea completa; ése, todo el *Purgatorio*, y aquel, *Hamlet*, y el de más allá, *Esperando a Godot*, de Beckett, y así parecidamente. Ese conjunto de desplazados sociales, de desarraigados, se había impuesto por misión la de mantener el fuego sagrado de la palabra creadora, en medio de la inania y banalidad verbal de las gentes.

En el concierto de todo ese haber inapreciable que nos ha sido legado se alzan dos columnas que sostienen el pórtico de la oralidad: la *Retórica* aristotélica y las *Instituciones oratorias*, de Quintiliano. Ambas se ocupan de «las aladas palabras» que genera el espíritu de los mortales, con ansias de anclar en el río de Heráclito, como proponía definir a la poesía Antonio Machado.

En la enunciación de mi tema llamo *rescate* a la operación por salvaguardar algo y evitar que se pierda en el mar de sargazos del olvido: el rescate del discurso oral. Entiendo ese discurso como una vía capital para consolidar la sociedad democrática a la que aspiramos tantáticamente. Advierto que algunos insignes participantes abordarán temas asociados a él, como es el caso de don Gregorio Hinojo Andrés. En su pericia confío.

Lo mío es una reflexión, simple pero confusa, en mi doble carácter de académico de las Letras y de miembro de la Academia Nacional de Educación, referida a un aspecto, que juzgo atendible y de urgente consideración, en nuestra educación actual y que cada día es más preterido y postergado.

Me he de referir a él, no como especialista en letras grecorromanas, que no lo soy, sino más bien como *explorator*, y hasta diría *transfuga*, según la acertada designación de Séneca en su epístola segunda, destinada a catalogar personas como uno. Y me excuso por mi intrusionismo, como hoy se dice.

Que tal vez incida en algo que otros han de decir mejor, no está mal. Sabremos, por el expositor final de este Coloquio, que la iteración del estribillo supone una acentuación gradual de lo semántico del texto, y que su segunda y su tercera enunciación, ya son mucho más que la primera vez de dicho. Recordemos

a nuestro Baldomero Fernández Moreno, cuando en uno de sus apotegmas de *La mariposa y la viga*, es decir, lo casi etéreo del espíritu y lo sólido de la vida: «Yo no me repito, yo me acrezco. El que se repite es el pregonero». Que esto me valga.

En la educación griega, modelada inicialmente por los sofistas y perfeccionada por Platón y Aristóteles, la enseñanza del manejo de la palabra oral fue básica. Más allá de los simplismos de considerar a todos los sofistas como meros mercaderes del saber y adiestradores del verbo para el *pro* y el *non* de las cuestiones, a ellos les cabe, tal a Protágoras, por sobre otros, esta concepción de la educación para la vida política. Y en esa formación del espíritu, la educación por y para la palabra oral fue la base. Los sofistas, salvo Gorgias y algún otro, atendieron a lo que hoy llamaríamos «formación de dirigentes, de líderes, pues para ellos la *areté* política suponía la aptitud intelectual y la retórica aunadas.

Otros autores subsiguientes profundizarían el tema, así lo hacen un par de diálogos platónicos, o avanzarían con una firme ordenación de las varias cuestiones que él implicaba, como es el caso de la *Retórica* del Estagirita. El legado griego fue recogido y matizado por Roma, o por mejor decir, por los latinos, ya que Quintiliano era peninsular de la Iberia.

Posiblemente, estima Quintín Racionero, en la introducción a su traducción de la *Retórica*¹ la redacción de la obra provenga de la intención del autor de: «poner de nuevo el problema de la *paideia* en el centro de las preocupaciones filosóficas, y ahora en una perspectiva dramática (ob.cit., p. 11). Esta percepción es relevante, en tanto asigna al arte suasoria un papel definitivo en la formación integral del ciudadano. No bien fundado el Liceo, se aplica componer este tratado con dos proyecciones articuladas: la organización de lo que hoy llamaríamos la curricula liceana y la debida atención a la situación ateniense del momento. Así, la disciplina retórica es vista por Aristóteles en estrecha relación con la ética y la política y, con ello, incardinada en su *paideia*.

El análisis y ejercicio del «*logos* comunicante» juega un papel político fundamental, en tanto se constituye en un factor de regulación social. «La retórica se transforma en el órgano obligatorio para todo proyecto de racionalización de

¹ Aristóteles (2000). *Retórica*, Madrid.

la vida pública» (ob.cit., p.15). Por un lado contribuye a la expresión y análisis de las relaciones comunicativas de índole pública entre los hombres, y contra la riesgosa manipulación de y por la palabra y el dominio por ella, situaciones de grave riesgo para la democracia.

Y cabe observar que si la *Retórica* puede ser vista como generadora de un almacén de tópicos y clichés, a la vez se propone como instrumento para su develación y denuncia en el discurso público que aspira al dominio de los oyentes.

La frase del *Gorgias*: «El que tiene el discurso, tiene la espada», que se propone como una enunciación prefucoltiana *avant la lettre*: «El que tiene el discurso tiene el poder», sintetiza la importancia capital del estudio de la retórica en una sociedad libre. Pues solo el que conoce los procedimientos suasorios y enlabiadores puede librarse de ellos, y establecer distancia crítica frente a ellos.

Aristóteles propone: «Entendamos por retórica la facultad de teorizar lo que es adecuado en cada caso para convencer» (Libro I, 2.1., 25, ed. cit.). Y el autor, avanza por sobre el conocimiento de tratados retóricos que quizá compiló y hoy se han perdido, desde Córax y Tisias hasta Isócrates, y propone otra funcionalidad del arte, además de avanzar en campos antes solo sugeridos por Platón, pero inexplorados, como es el psicológico análisis larvado de los distintos tipos de oyentes o receptores.

La utilidad de la retórica se comprende en el seno de una sociedad como la griega, en la que el ejercicio del discurso oral es dominante, por sobre la modalidad escrita. Y ello, en relación con formas de vida política en la que el debate público tenía importancia cotidiana. Atenas y su sistema democrático era el marco de la asamblea pública para todas las decisiones.

De alguna manera, la Retórica se constituirá en una herramienta de la expresión de dimensión pública, ejercida en el ámbito de la comunicación pública y con las trascendencia que ello supone. Pero, a la vez, se propone como una medida para el análisis del discurso.

Pero advirtamos que no solo vale para el análisis del discurso verbal puro sino para el discurso televisivo, el filmico, el publicitario, etc. Todos los análisis de los nuevos lenguajes mediáticos se hicieron, y se hacen, sobre la matriz retórica y, *mutatis mutandi*, se rebautizan las mismas criaturas: la analepsis como *racconto*, o *flash back*.

Durante mucho tiempo, estos campos la usaron sin mentarla, porque eran los años setenta del siglo pasado, en los que apoyarse en Aristóteles no era redituable política e ideológicamente. Estimo que fue Roland Barthes el que blanqueó la

situación con sus *Investigaciones retóricas*, y, a partir de esta obra, la tácita y omnipresente *Retórica* silenciada, comenzó a mencionarse espaciadamente. Es que resultaba humillante para posiciones posmodernas que ya el trabajo descriptivo y analítico hubiera sido anticipado por un señor hacia el 335 antes de Cristo. Umberto Eco, con mayor plasticidad, por su sólida formación humanista, nos hablaba, en cambio, con soltura, de la posmodernidad de Homero, y en una lectura, de las posibles, de la frase de Protágoras, «El hombre es la medida de todas las cosas», la raíz del relativismo y subjetivismo posmodernos. Y confrontada, claro, con la platónica: «La medida de todo es el Dios».

En nuestros días, cabe reconocer todo lo que el análisis del discurso le debe a la *Retórica*, aunque en la mayoría de los casos sea deuda de segunda o tercera mano. En nuestros días la afirmación de Montaigne, de que se abusa de la cita de segunda mano y que no hacemos sino entregarnos, y todo se hace glosa de glosas.

Precisamente, la cita de los antiguos era la marca del humanista. Me refiero, claro, a la mención bien contextualizada y traída a cuento. La cita supone una participación en una comunidad atemporal y dinámica, y opera como un guiño de comprensión entre entendidos. En nuestros días la cita humanística, digámosle así, va desapareciendo en aras –en el mejor de los casos de que lean autores antiguos– de la teoría de que «lo que yo comprendo es mío», tesis que barre con el concepto de autoría;² o se diluye en el seno de trabajos que no aportan una ceñida lista bibliográfica con referencias precisas, sino que aparece un listado de libros con la leyenda: «Obras en que me he inspirado». Y así, el león de la fábula borra con la cola las huellas para rastrearlo.

La *Retórica* aristotélica ha ido avanzando en nuestro tiempo en varios planos y con carácter de lo que llamaba Gilbert K. Chesterton un libro clásico: «Aquel que se cita y menciona sin haberlo leído».

Salta al campo del *marketing* donde es propuesta como lectura recomendable a los estudiantes de las artes del mercadeo y el negocio.

Poco a poco ha ido ganando terreno en nuevos espacios. La asignatura *Debate y Argumentación*, de base aristotélica, se asoma en casi todos los planes

² Esta concepción –proclamada con ironía por Julio Cortázar y tomada muy en serio por lectores mediocres– lleva a situaciones ridículas. Por ejemplo, Bertrand Rusell es el autor del platonismo, el aristotelismo, el hegelismo, etc. porque ha expuesto –habiéndolas entendido– todas esas concepciones en su *Historia del pensamiento occidental*.

de estudio de los más diversos másteres. Por ejemplo, en dos de la Universidad Austral: uno en la Facultad de Comunicación, destinado a la Comunicación en las Instituciones, y otro, destinado a jueces en ejercicio, en la Facultad de Derecho. En este último la materia retórica ha despertado gran interés, de particular forma, por la creciente disposición de los juicios orales. Estos obligarán a los abogados y jueces a un giro copernicano en el ejercicio de su palabra: de la intransitable y abscóndita letra escrita de sus presentaciones, plagadas de lugares comunes, de frases hechas, de latinajos y de muletillas, deberán enderezarse hacia la palabra convincente, y a lo que dijo el Estagirita de este arte: «La facultad de teorizar lo que es adecuado en cada caso para convencer». Y renacerán, ya están apuntándose, nuevos cursos de retórica con nuevos sofistas. Estimamos que esto se dará a larguísimo plazo, porque la preparación remota del orador no está sujeta a cursos acelerados, pues debe crearse hábito en el hablante.

Es decir que la tradición rediviva de la retórica se asoma a varios ámbitos de actividad contemporánea, y lo hace con gran vivacidad: en el mundo de los negocios o el de la justicia, pero no, por ejemplo, en el de la política, que inicialmente le fuera congénere, junto al forense, en los comienzos de la democracia de Atenas. El discurso político, en general, ha renunciado a casi todo: a la estructura, a las razones convincentes, a las argumentaciones trabadas, y se ha abajado a la diatriba, al chicaneo y a la riesgosa apelación al mundo de las pasiones y de la emotividad. En nuestras cámaras de senadores y diputados es *rara avis* el legislador que habla con arte. El espectáculo sólito en los recintos es el hombre que lee -cuando está prohibido por ley- o farfulla con acentuado énfasis y encendidas frases que apelan exclusivamente a la emotividad y no a la racionalidad. La clase política dirigente ha perdido, salvo media docena de personas, la sana capacidad retórica.

Pero el ámbito más cercano a nosotros y que más me preocupa, es el de la educación, y la educación desde el aula primaria a la universitaria.

Las raíces de ambas instituciones, la escuela y la universidad, son medievales. La antigüedad no tuvo ninguna de ambas organizaciones educativas, con las características que se definen en el medioevo. En la escuela popular medieval, la parroquial, continuará la educación de y por la palabra oral.

Los estudios superiores en su primer escalón universitario, la incluirán en el *trivium*: gramática, el discurso correcto; dialéctica, el discurso verdadero; retórica, el discurso convincente. Y el ejercicio de la cátedra universitaria le hará sitio a la oralidad plena en dos de los tres momentos de la clase: la *lectio*, o lectura del

parágrafo por allanar, o de la sentencia lomardiana; la *expositio*, explicación o desarrollo oral del texto anticipado, como si fuera un comentario de nuestros días; y la *disputatio*, en la que dialogaban, apelaban y discutían los alumnos con el docente. Esta *disputatio* resguardaba la lección del riesgo de la llamada en ámbitos universitarios, clase «magistral», descalificadoramente, al abrirse, a la discusión entre maestro y alumnos. De esta manera, la universidad mantenía su imprescindible diálogo de base. Quienes ignoran esta estructura y desarrollo de la clase universitaria en tres momentos, estiman que la perorata sin apelación fue cosa medieval, cuando quien instauró esta modalidad fue la universidad del iluminismo. Una vez más recordemos la frase del medievalista judío francés. «Las tinieblas de la Edad Media no son sino las de nuestra ignorancia», con que cierra su obra *La gran claridad de la Edad Media*. «Claustro», «rector», «decano», todas voces nacidas en el siglo XIII.

Alain Bloom, en una revisión de la realidad universitaria de nuestros días escribe: «La Universidad será socrática o no será». Y está dejando de serlo ya hace más de dos décadas, o más, por la muerte del diálogo. En efecto, el diálogo entre un profesor y trescientos alumnos es imposible. El número impone, finalmente, la clase magistral o unívoca, sin márgenes para la multivocidad, la diversidad y aun la equívocidad de las opiniones vivas.

A esta situación que amortece la riqueza de la palabra oral dialógica, se le suma otra limitación para la oralidad: la casi inexistencia de exposiciones orales, notable y necesario ejercicio para nuestros muchachos. No hay tiempo para ello. Todas las cátedras se van transformando en cuatrimestrales. Y ya sabemos lo que dijo Vicente Huidobro: «Los cuatro puntos cardinales son tres: Norte y Sur». Los cuatrimestres se planifican como trimestres y se dictan en plazos bimestrales, y todo se acelera. No tenemos tiempo para que los alumnos cultiven la oralidad y que se sometan a nuestra corrección y orientación para mejorar su discurso verbal.

Y si de exámenes se trata, los orales van desapareciendo en aras de los escritos, y esto por muchas razones.

Pensemos en nuestros futuros profesores de las Facultades de Humanidades o de Letras. Cada vez tienen menos ocasión de probarse en la elocución. Y día a día hemos reducido al alumno de letras meramente a eso: letras

y no sonidos, habla oral. Alumnos grafemáticos, -con perdón del grecismo pedagógico-, mudos.

El manejo competente del sistema lingüístico en el habla oral es muy difícil, porque no nos da un exiguo margen correctivo; debe hacerse sobre la marcha. A diferencia de los trabajos escritos. Y, como dice el refrán: «Palabra y piedra arrojada no tienen vuelta». En cambio, al escrito podemos aplicarle mano diurna y nocturna para perfilarlo y castigarlo, y tomar nuestro tiempo, y hasta pueden escribir por nosotros, o corregir otro lo nuestro. Pero en la oralidad estamos como el torero solos frente al toro sin tronera o burlador que nos proteja.

El discurso oral es exposición, pero en el sentido de convertirnos en expósitos, en expuestos, sin techo que nos cubra.

Enseñar los recursos de la oralidad y la corrección del discurso oral exigen del profesor un manejo destrísimo del sistema, que es infrecuente en nuestros docentes, en todos los niveles de enseñanza. Y el joven egresado deberá corregir el habla oral de sus futuros alumnos desde su propia incompetencia. Máxime si pensamos que es de las Facultades de Humanidades de donde sale el mayor plantel de educadores y formadores de formadores: para los Institutos de Formación Docente de maestros. Es un efecto dominó gravísimo, porque nadie da lo que no tiene. No educamos a nuestros alumnos universitarios en el cultivo del discurso oral, él, egresado no podrá educar en él a los maestros; y los maestros no podrán encauzar a los niños en la oralidad. Esto es una seria concatenación de consecuencias lamentables para la vida sociopolítica de nuestros muchachos y chicas, como se verá.

Hago una aclaración al paso. Cada vez que escribo «oralidad» en mi computadora, la pantalla me la muestra subrayada de rojo. Y esto me lleva a comentarles algo. La palabra «oralidad» no está incluida en la última edición, la 22ª, del *Diccionario de la lengua española* (2001), de la Real Academia Española. Y tampoco aparece en el *Diccionario del uso del español*, de María Moliner, ni en el del *Diccionario del español moderno*, de Manuel Seco. Y hablo de los tres mayores lexicones de nuestra lengua. Hace dos años, al advertirlo, presentamos nuestra propuesta de inclusión, que recogerá, posiblemente, la edición venidera del *DRAE*. Posiblemente ya estará incluida en la versión actual en pantalla, que se elabora hasta el momento de salir la nueva edición en papel.

Ahora bien, esto es un síntoma neto de cómo la oralidad no ha recibido la atención suficiente y merecida. Lo curioso es que nunca como en el último cuarto

de siglo ha abundado una bibliografía rica y varia sobre los diversos temas conexos a la oralidad.

Resulta inadmisibile que los folclorólogos sigan hablando de «la literatura oral» al referirse a las creaciones estéticas orales como la lírica o la narrativa de transmisión tradicional. Allí no hay letras, el pueblo folk es ágrafo. Hablar de «literatura oral» es como hablar de «mate amargo con azúcar», con perdón por la apelación afectiva al uso de la *caá yaiba*, o *ilex paraguayensis*. Esto es otro síntoma, esta vez de cómo ha avanzado hegemónicamente, en nuestra cultura la letra sobre la voz.

En los posgrados, sea en la especialización o en la maestría, el trámite se cumple con la presentación de un trabajo escrito que cada vez menos –no lo exige la ley- es sometido a exposición y defensa oral. Va quedando sola la tesis doctoral. Pero no nos esperancemos. De las últimas cinco tesis en que he oficiado como jurado, en cuatro de ellas los doctorandos se han valido abundantemente de apoyaturas electrónicas, en dos casos ya francamente abusivas, pues convirtieron a la esperable exposición en una casi lectura de pantalla con proyección de textos por el *power point*.

El nivel universitario está padeciendo un gradual destierro de la oralidad.

El estado de la cuestión del cultivo disciplinado de la oralidad en nuestro país –aunque es generalizado en muchos otros países de lengua española- es más grave aún en la enseñanza primaria y en la secundaria o media, particularmente, después de esta lamentable década de ensayos sin verificación ni evaluación, en que se constituyó la reforma educativa.³

No se ha destinado ni se le destina espacio a la educación en la oralidad en la práctica del aula, y esto por lo dicho respecto de la formación de nuestros maestros.

El adolescente o joven egresa de la escuela secundaria con notable limitación para expresarse oralmente. Estuvo «contenido», como hoy se dice, por la institución escolar, y se ha evitado de él la exclusión del sistema. Ahora bien, al

³ La reforma comenzó mal, al confundir la nominación: se habló de nivel «polimodal», asociando un elemento griego a uno latino, con ignorancia prolija de ambas lenguas, y, ya se sabe por la doctrina de Pitágoras, que la cosa está en su nombre: la confusión desde el bautizo, y así siguió.

Se trató de un «trasplante cultural» de la legislación española a nuestras tierras, y no de un «cultivo cultural», con su correspondiente adecuación a nuestra realidad. Fuimos epigónicos y no discipulares.

egresar pasa de *incluso* a *expósito*, con todo lo que esto significa, pero la exposición mayor es que no está habilitado a hablar por sí con firmeza y convicción. No maneja el sistema, su incompetencia es grande y podemos hablar de un inválido, de un disminuido verbal. Claro que estas duras expresiones son políticamente incorrectas, y otros se hablarán de «capacidades diferentes», y todas las formas cínicas –en su acepción vulgar- de atenuación que se quieran manejar, con las que se engaña al muchacho sin solucionar su invalidez.

Aspira a un empleo, y no es capaz de presentarse oralmente en el plazo de un minuto frente al seleccionador de personal. ¿Y quién es responsable de esta exclusión laboral después de tanta inclusión educativa? Nadie, el sistema. En esto se me recuerda la tribu de los yahoos (con nombre de personajes de los Viajes de Gulliver o de correo electrónico) del cuento de Borges que da nombre al libro: «El informe de Brodie». Esa curiosa tribu que descubre el misionero protestante, en medio del espacio continental, tenía extrañas conductas: hacía el amor en público, pero se ocultaban, pudorosos, para comer. Pues bien, esa tribu ignota no asociaba el acto del coito con el producto que nueve meses más tarde emergía. Por ello no tenían sentido de paternidad. ¿Hay alguna mejor forma de definir a muchos nuestros ministros de educación? Sobre todo en horas en que quienes ayer fueron Luteros que encabezaron la reforma, hoy son Ignacios de Loyola de la Contrarreforma.

El joven tiene derecho a ser educado en el discurso oral por razones políticas, sociales y culturales de fundamento. El 90% de la expresión y comunicación del hombre en sociedad es por vía oral. La expresión escrita es mínima. Luego, la inserción efectiva del muchacho en la vida activa sociopolítica depende de su manejo competente del discurso oral. Lo paradójico es que el *homo typographicus* sigue pesante en la cultura contemporánea.

Sumémosle mayor preocupación al planteo, recordando la naturaleza del discurso en los medios orales de comunicación. A ello he dedicado una lección en la Escuela de Lexicografía Hispánica, de la Real Academia Española, el año pasado, y a ese texto refiero.⁴ Pero, ¿cuál es la incidencia de ese discurso pobre, tartajado y vulgar en considerables programas de radio y televisión? La cátedra oral radiofónica y la impresiva de la tevé convalidan al muchacho en su limitación, y le traen, a su vacilante oralidad, la tranquilizante muestra de que se puede ser exitoso

⁴ Barcia, Pedro Luis. (2005) «La lengua en los medios orales de comunicación», en *Boletín de la Academia Argentina de Letras*, Buenos Aires, LXX, n° 279-280: 373-371.

y ganar dinero, siendo, a la vez un discapacitado verbal, como ocurre con un conjunto nada pequeño de animadores y locutores. Esta contraescuela activa e incesante, que para su aprendizaje no requiere ni alfabetización ni esfuerzo, distorsiona el poco trabajo correctivo del discurso oral que podamos hacer.

El muchacho y la chica que no han podido ejercitar, o no le hemos sabido desarrollar, el discurso oral, están desvalidos en el plano del ejercicio de su derecho a la libertad de expresión. No existe para ellos ese derecho, pues son cautivos de las limitaciones de la indigencia lingüística creciente. Un número cada vez mayor de nuestros jóvenes está por debajo de la línea de pobreza lingüística, situación que los excluye de una participación activa, libre en la democracia.

La desatención a la enseñanza del discurso oral está generando jóvenes que no podrán ejercer sus reclamos con eficiencia, sus propuestas apelantes, la defensa de sus derechos, el derecho a réplica, pues no están dotados de la palabra convincente y no saben armar una exposición fundada que respalde sus intereses. Es una contradicción que nunca como ahora han crecido los estudios sobre la cortesía verbal en los especialistas en oralidad, centro de múltiples congresos, y es cuando menos se afirma su habitual uso en la enseñanza y en la vida cívica.

La cortesía es esencial para la convivencia, por la atenuación y adecuación de tonos y fraseos. Desconocida en el ejercicio cotidiano, va preponderando la frase categórica, inapelable, cerrada al allegamiento de opiniones.

La escuela de convivencia que es el diálogo entre las personas, la práctica en la comprensión del otro y de la tolerancia activa, a través del canal del discurso oral, se han estrechado. La escuela ha ido declinando su práctica y la universidad ha seguido igual camino.

Si pensamos la lengua como espacio de participación, la escuela no está generando espacio de diálogo. Ni la universidad lo propone. No se enseña a dialogar, a debatir y argumentar. Es decir, no se lo adiestra al futuro ciudadano en el ejercicio de su libertad de expresión.

Todo lleva a los mismos resultados. Alumnos *anóticos*: incapaces de oír al otro. Se dan monólogos paralelos y agresividad verbal y formas de la descortesía, en lugar del diálogo. Mala escuela para la vida social de mañana.

A la oralidad, no se la enseña. Nunca como hasta hoy ha habido tal caudal de bibliografía sobre estos temas y, a la vez, menos aplicación real en la docencia de los principios que sustentan lo dialogístico y lo argumentativo. Cómo puede

causar asombro que en todo se tienda a acciones de hecho, como se dice, obviando el diálogo. El diálogo es escuela de tolerancia y camino de comprensión, pero no es un saber natural: se lo debe enseñar y aprender. En él se instala la participación.

La escuela ha privilegiado solo dos de las cuatro destrezas esenciales en la enseñanza de la lengua: leer y escribir. Las otras dos: escuchar y hablar, son cienientas didácticas.

La llamada escucha atenta es una capacidad que disminuye con los años: se tiene un 90% a los 9; un 80% a los 12; a los 17, un escaso 28%. Me pregunto, ¿qué capacidad de escucha atenta tendrá para mi oralidad este auditorio que excede los 17 años?

Simone Weil dice: «Aquellos que sufren más injusticia, son los menos aptos para articular su sufrimiento. Y si la mayoría silenciosa encontrara liberación por el lenguaje, tendrían otra salida que no la acción.

Es la liberación del sujeto por el lenguaje oral que lo ex-presa, lo libera, porque el silencio es opresión y violencia.

La lengua oral es el principal vehículo de interacción social. Cuidemos su formación, su desarrollo, su competencia creciente, no solo en riqueza semántica sino en la adecuación a situaciones y contextos cambiantes.

«Se ha considerado a los sofistas –dice Jaeger- como los fundadores de la ciencia de la educación. En efecto, pusieron los fundamentos de la pedagogía y la formación intelectual». ⁵ En la concepción de Protágoras, la educación general, que es vista como *telos*, se identifica con la educación política. Y en este programa, digamos así, la retórica era enseñanza fundamental, no tanto como una actividad literaria, sino como una forma de acción, para la articulación del hombre en el seno de la polis.

Aristóteles asoció la enseñanza y dominio de la retórica, dijimos, con la ética y la política. Y con ello, propuso la importancia de la dimensión del discurso oral en una democracia. Hoy estamos perdiendo esta conciencia cultural de integrar la oralidad con toda su vitalidad en los distintos estadios de la educación sistemática. Apostemos a su recuperación. Prescindamos de las connotaciones económicas

⁵ Jaeger, Werner (1993) «Los sofistas» en *Paideia: los ideales de la cultura griega*. México: 273.

PEDRO LUIS BARCIA

del vocablo «rescate» y atengámonos a la etimología, volvamos a captarlo, volvamos los ojos a ese objeto valioso y herramienta activa para la vida de la comunidad humana que es el discurso de la palabra viva. Sumemos a ello, la idea moderna que se ha integrado al vocablo «rescate», como salvamento, cuando, libramos a un extraviado o náufragopreciado de las circunstancias en que está sumido. Urge rescate del discurso oral por su imprescindible utilidad en la formación político social del hombre, como supieron instrumentarlo los griegos paradigmáticos.